
Disertación nocturna

Lydia Cacho

Me llegó la noche con el bullicio de la discoteque escandalosa, que del otro lado de la laguna manda sus ecos hasta la ventana de mi recámara. Al perro del vecino tampoco le gustan ni el Rap, ni el griterío combinado con Karaikee, y lo digo a sabiendas, porque nada más se calla el barullo de allá enfrente y el perro se va a dormir, probablemente al mismo tiempo que yo, y dando gracias por el santificado y merecido silencio.

No puedo dormir... me levanto de la cama. Camino desnuda por la casa. Sí, desnuda. Desde hace años duermo como Dios y mi madre me trajeron al mundo. Suficiente incomodidad traigo de día, disfrazando mi naturaleza con telas guangas y resortes firmes.

Siempre he sido nocturna, y aunque la tía Elvira se enoje, duermo y dormiré desnuda el resto de mi vida. Mi tía decía que las niñas debían de dormir con sus pantaletas puestas, y ella solo respondía que era cuestión de higiene y educación. Yo nunca pensé que el penoso asunto de dormir encalzonada fuera una cuestión de supuesta virtud; hasta una noche que dormí en casa de una prima, quien me explicó que el uso del calzón nocturno era para ahuyentar los pensamientos cochambrosos. Debo admitir que pasaron dos o tres semanas para que comprendiera yo lo que su puritana metáfora significaba, pues gracias al cielo y a mi madre liberal, lo único que yo a esa edad consideraba cochambroso eran las ollas y los sartenes de la cocina y una vez cada tanto, el horno viejo del rancho de mi abuela. ¡Vaya

prejuicio! pensé, como si fuera malo descubrirse el cuerpo. Todas las niñas del mundo saben que ponerse la mano entre las piernas es una delicia -aunque casi todas de grandes lo nieguen-. No es un pecado capital, ni una porquería, ni un acto obsceno y erótico sólo para adultos. Es descubrir que a cada parte del cuerpo le toca un cúmulo de sensaciones. Al corazón el amor, al riñón el miedo, al hígado la decisión, al colon la incertidumbre, al cerebro la ilusión y a los labios de la entrepierna femenina, el cosquilleo de saberse mujer, la sensación infantil del orgasmo desconocido y pueril. ¡La ternura que se provoca una a sí misma descubriendo que sus partes privadas son eso, privadas!; y que el silencio de la noche las hace, a veces, antes de dormir pedir una caricia que tranquiliza y reconforta. Es probablemente la versión natural de la píldora para dormir que ideó la naturaleza, siendo su único efecto secundario una sonrisa natural libre de químicos adictivos.

Pues así, recordando y desnuda salgo a buscar mi grabadora para las noches de desvelo, pero en cambio encuentro mi libreta de los apuros. En ella están las cuentas del patronato del SIDA, los nombres de las almas caritativas que mandaron despensas para los mayas de Quintana Roo. El número de mi editor y el del plomero. Los apuntes de varios artículos que luego publiqué en La Crónica. Entre dos pastas con un sol entrecortado, hay cien hojas blancas que son mi destino. No tienen renglones ni números, son un desorden que disfruto -porque es MI desorden-.

Alguna noche de luna llena, en un raro ataque de vanidad humana y escribana me dije



en voz alta -como me hablo siempre- "¡ Madre de Dios, y si algún día me vuelvo escritora famosa y muero intempestivamente y alguien viene y descubre mi cuaderno negro!, me vuelvo a morir de la pena. Tachones por doquier, nota sobre nota. Clichés literarios que apunto para nunca usarlos por absurdos, y la nota al calce de quién sabe que página que dice "La revolución cubana no tiene nada de roja, es verde olivo como la esperanza" Fidel Castro. Pensarán: ¡Ya lo ves!, esta mexicanita era rojilla, comunista disfrazada, era tuna, de esas que son verdes por fuera y rojas por dentro. Y que horror, no estaría yo para defenderme y decir que esa nota sobre Fidel era una ironía histórica. Que todas las revoluciones hechas por hombres se convierten, tarde o temprano, en asuntos personales de los nuevos poderosos, y que por eso yo nunca creí en ninguna revolución violenta. Porque ya lo decían la Biblia y mi abuela: el que a hierro mata a hierro muere, y no hay revolución sin hierro, sin balas, sin muerte.

de amanecer desnuda en la escuela primaria, eso sí, con aretes y muy bien peinada. La que recibiera mi corazón -pobre mujer- mira que con tanto apartamento subdividido para los amores pasados, presentes y futuros, tendrá que acostumbrarse a tanta pasión y con saber que fui buena de corazón y que sería incapaz de causarle una taquicardia. Si donaran mi cerebro... allí si me sentiría expuesta al juicio de otros. Ella sabría lo que pensé y porqué escribí toda mi vida con tanto anhelo. Esa si tendría que ser una mujer silenciosa, para no cantar todos los secretos que me guardo en la mente mientras escribo y que son los que me mantienen cuerda a pesar de sufrir por las mujeres golpeadas, violadas, asesinadas y explotadas. Así pues, escribo a media noche, desnuda, en la sala de mi hogar, con una pluma negra en mi cuaderno viejo. Antes de decidir que el cansancio me hace disertar necedades, que es mejor volver al silencio mental de la cama, a la noche callada, húmeda y desnuda, a disfrutar del descanso que me da la vida. *fern*

Ya pasando el intempestivo ataque, me reí de mi misma, pues en realidad me importa un comino que encuentren mis cuadernos, para el mismo caso encontrarán mis pantaletas que sólo usé de día.

Para ese entonces, si es que llega, mis órganos andarán pululando en helicópteros para llegar a meterse en otros cuerpos y lo poco que sobre de mi, lo quemarán para -si hay tiempo y amortizarlo al mar de donde vengo. Que vieran mi cuaderno no sería tan penoso como el que un hombre curioso esculcara en mis tripas antes de donarlas, o después de donadas. Por eso, como último acto feminista, donaré mis órganos sólo a mujeres. Así pues la mujer que recibiera mi riñón tendría un miedo irracional